

La construcción del discurso y los contenidos de las realidades. Un problema y una época

Eduardo CAVIERES F.

Doctor en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Licenciado en Historia de la Universidad de Chile, docente de la carrera de Historia de la Universidad Andrés Bello

Un discurso siempre es un buen tema de análisis historiográfico, especialmente cuando éste se refiere a situaciones políticas o económicas.

No obstante, con el paso del tiempo, sus temas, sus proyectos, sus ideas, no siempre coinciden con lo que efectivamente ha sucedido en la historia y por ello, a menudo, el balance entre los discursos y las realidades, en lo grueso, generalmente se expresa repitiendo lo conocido de las realidades y no observando las transformaciones que se prometían de las mismas.

A speech is always a good subject for a historiographic analysis, especially when it's about politic or economic issues.

However, with the passing of time, the subjects, the projects, the ideas, don't always coincide with what in fact happened in history, thus the balance between speeches and realities is often expressed, in general, repeating what it's known about realities instead of watching the changes which were promised from them.

<https://doi.org/10.21703/0718-68782011.101>

Eduardo Cavieres F.

La construcción del discurso y los contenidos de las realidades. Un problema y una época

Palabras claves: Economía Chilena, Mirada Histórica, Modernización.

Key words: Chilean Economy, Historical View, Modernization.

Un discurso siempre es un buen tema de análisis historiográfico, especialmente cuando éste se refiere a situaciones políticas o económicas. No obstante, con el paso del tiempo, sus temas, sus proyectos, sus ideas, no siempre coinciden con lo que efectivamente ha sucedido en la historia y por ello, a menudo, el balance entre los discursos y las realidades, en lo grueso, generalmente se expresa repitiendo lo conocido de las realidades y no observando las transformaciones que se prometían de las mismas. Con todo, existe toda una tendencia a privilegiar los contenidos de los discursos y una parte importante de nuestra literatura histórica política sigue estando más centrada en lo que se dijo y no en lo que se hizo. En mi caso, desde hace mucho tiempo, he venido insistiendo en la necesidad de decodificar el discurso y contrastarlo muy cuidadosamente con lo que efectivamente se ha transformado en realidad. Entre otras experiencias, en un trabajo colectivo surgido desde un Seminario, se compulsaron varios fenómenos y procesos de la historia latinoamericana del s. XIX, permitiéndome incluso, llegar a plantear, desde particulares puntos de vista, la relación entre lo que sucede efectivamente y lo que nunca se transforma en términos fácticos concretos, pero que sí tiene efectos en ello¹.

En muchos sentidos, la experiencia de la historia económica chilena tiene variadas analogías que en una mirada histórica más profunda podría convertirse en interesantes lecciones para el presente. Específicamente, a lo largo de la historia nacional y, por ende, en la historiografía respectiva, los análisis y los proyectos que están contenidos en los discursos oficiales sobre la conducción y marcha de la economía nacional siempre ofrece unas miradas y unas confianzas de optimismos bastantes generalizados, pero también, al mismo tiempo, los períodos de crecimientos económicos interesantes, siempre terminan limitados y agotados en circunstancias y estructuras determinadas que impiden el tan ansiado paso y transformación de la sociedad de un estado tradicional a otro moderno, del atraso hacia el progreso, del subdesarrollo hacia el desarrollo. En definitiva, según el discurso, siempre estamos entrando en el comercio internacional, siempre estamos diversificando la economía, siempre estamos alcanzando el respeto y la admiración internacional,

¹ Cavieres, Eduardo (2003). *Entre discursos y prácticas. América Latina en el s. XIX*. Valparaíso: Editorial Euvsa.

pero igualmente, siempre, terminamos ratificando los problemas esenciales que impiden alcanzar las metas siempre soñadas y esperadas.

Situación similar ocurre con algunos aspectos esenciales de la vida social y política del país. También se puede reflexionar, por ejemplo, sobre la vida institucional y sobre el real significado de la democratización de la sociedad, en especial sobre sus temores y limitaciones. Y en esto hay una larga historia que ya he trabajado en sus rasgos generales en publicaciones anteriores, pero que podría focalizar en un período y problemática específica, esto es en las décadas inmediatas a la celebración del primer centenario de la República.

II. El 20 de diciembre de 1890, El Ferrocarril daba cuenta de la muerte de Isidro Ossa Vicuña, joven de 17 años. En la editorial, el periódico señalaba que Ossa cayó “víctima de una bala aleve en una persecución de policía, en las inmediaciones de un club en que tenía lugar un meeting popular, perturbado por agentes de la misma policía y a cuyos alrededores se apostaba una partida armada, haciendo ostentación de un despliegue inútil e imprudente de fuerza, como amenaza al libre derecho de reunión”. No es posible, agregaba más adelante, “que la fuerza y los agentes de las autoridades se erijan en elemento de perturbación para el libre y tranquilo ejercicio de los derechos políticos y que arranques imprudentes lleven la consternación y el luto a los hogares”². Al respecto, hubo recriminaciones y justificaciones, preocupación e indiferencia, también reflexión. Sin embargo, a partir del 1 de enero del año siguiente, los hechos comenzaron a desencadenarse.

Las crecientes dificultades experimentadas entre el Presidente de la República y el Poder Legislativo, llevaron a Balmaceda en octubre del año anterior, a clausurar el período extraordinario de sesiones del Congreso sin que se hubiesen aprobado las leyes de presupuesto y de fuerzas del ejército. Ahora, el 1 de enero de 1891, el Jefe de Estado explicaba su posición y días después promulgaba un decreto por el cual se mantenían los presupuestos del año anterior. El 7 de enero, Jorge Montt dirigía la sublevación de la escuadra y para el mes de abril controlaba las provincias del Norte y además dirigía la Junta de Gobierno allí constituida. En agosto se desplaza hacia el centro del país para desembarcar en Quintero y derrotar a las

² El Ferrocarril, Santiago, 20 diciembre de 1890. ¿? s.e, s.f.

fuerzas leales a Balmaceda en las batallas de Concón y Placilla. En Septiembre, el Presidente se suicida en la legación argentina. En octubre, Jorge Montt asume como nuevo Presidente constitucional. Evidentemente Chile estaba en crisis y, más aún, en una crisis hasta hoy bastante difícil de caracterizar dada la complejidad en que se presentaron un conjunto de inquietudes, aspiraciones e intereses políticos, sociales y económicos. Si tuviésemos que calificar de algún modo este rompimiento de la “unidad nacional” o la ruptura del consenso, al decir de Gonzalo Vial, desde nuestra perspectiva podríamos hacerlo como un problema de saturación, el producto de un crecimiento institucional y económico cuyas bases estructurales no fueron, ni lamentablemente serían en el futuro, lo suficientemente sólidas para preservar y perfeccionar los beneficios obtenidos a través de un largo y costoso proceso de construcción y modernización que la sociedad chilena comenzó a experimentar notoriamente desde comienzos de la segunda mitad del siglo XIX.

En efecto, desde 1860 en adelante, la modernización de varios elementos de nuestra sociedad comenzó a alcanzar una configuración bastante concreta producida en forma paralela a una etapa de fuerte crecimiento económico. Desde ya, el comercio internacional y el desarrollo tecnológico en las comunicaciones permitieron a Chile participar plenamente en el mercado económico mundial, superando su aislamiento geográfico mediante la rentabilidad que tuvo su actividad minera, especialmente cuprífera, para un sector de las inversiones británicas en los espacios latinoamericanos. Siendo precisamente esa actividad económica el centro productivo más importante a nivel nacional, internamente, todos los sectores, directa o indirectamente vinculados a él, se modernizaron: infraestructura portuaria, para permitir la presencia de barcos de mayor envergadura con la navegación a vapor y el mayor número de barcos de todos tipos que frecuentaban el país y que se acrecienta cuando en 1868 la Pacific Steam Navigation Co., abre la ruta a vapor entre Valparaíso y Liverpool, vía estrecho de Magallanes; el impacto económico, social y cultural que significó la extensión de ferrocarriles; el aumento de las comunicaciones a distancia a través del telégrafo que desde la unión Valparaíso-Santiago en 1852 creció a 2.180 kms. en 1866 y que ya, entre los años 1872 y 1876, permitía las comunicaciones con Perú, Argentina y Europa a través de las líneas trasandina y de cables submarinos. Igualmente, deben consignarse las relativas mejores condiciones de vida material al interior de las principales ciudades en términos del aprovisionamiento de agua potable, iluminación, trabajos de alcantarillado y mejoramiento de la higiene y salubridad pública, el transporte urbano, etc.

En forma complementaria a la minería, la agricultura de exportación jugó también un rol de importancia. En las décadas posteriores al boom cerealístico de Australia y California, entre 1865 y 1880 el trigo chileno tuvo buenas expectativas en el mercado europeo. En 1873, cuando la producción de cereales del agro chileno alcanzaba volúmenes superiores a las 110.000 toneladas, el 80% de ellas iba a Inglaterra, cantidad que muy rápidamente, en los años siguientes, se va reduciendo a unas 8.000 toneladas con destino a ese país.

Considerando en conjunto las actividades de exportación minera (cobre y plata) con la agricultura de cereales, podemos visualizar dos ciclos de crecimiento económico: uno, ubicado entre 1860 y 1873 y basado en las exportaciones del cobre; el segundo a partir de 1880 y que extendiéndose con fluctuaciones bastante marcadas en las primeras décadas del presente siglo estuvo fuerte y casi exclusivamente vinculado al salitre. Es de todos conocidos que la participación del Estado chileno se refirió fundamentalmente a la percepción de los impuestos de exportación y que ello le significó entre un 60 y un 70% del total de sus entradas fiscales ordinarias. Sólo entre los años 1880 y 1890, el porcentaje de participación del salitre en el presupuesto nacional pasó de un 5.5% al 52%, vale decir de unos 6 a 105 millones de pesos en un monto global de entradas equivalente a 124 y 201 millones de pesos, respectivamente. Los ingresos provenientes de los impuestos de exportación del salitre proveyeron el capital necesario para la construcción de nuevas escuelas, el mejoramiento del transporte urbano, de las condiciones sanitarias y también para la construcción de verdaderos palacios urbanos, un mayor refinamiento de la vida de los sectores altos de la sociedad, etc.

Los ciclos antes señalados corresponden a un mismo tipo de estructuración económica y al mismo carácter de la inserción chilena en el mercado europeo como economía exportadora de materias primas y sujeta, por ello, a las variaciones de precios y de demandas de los mercados externos, lo que algunos llamaron la etapa de crecimiento “hacia fuera”. En este sentido, las ventajas y desventajas del sistema no correspondieron necesariamente a un tipo determinado de ciclo económico, sino que se dieron insertas en un fenómeno mayor que precisamente hemos llamado de los inicios del proceso de modernización de la sociedad chilena en que, además de los logros antes señalados, se reflejan un fuerte crecimiento de la población y el desarrollo de la urbanización. En el primer caso, la población pasa de 1.819.223 personas censadas en 1865 a 3.220.531 en 1907. En el segundo caso, entre los

mismos años la población urbana pasa desde un 29 a un 43% del total. Por supuesto las áreas más urbanizadas fueron las provincias mineras, y, particularmente, Santiago, Valparaíso y Concepción. Por lo demás, los centros urbanos se vieron también mejor y más favorecidos con la expansión de la educación. En 1860, alrededor de un 14% de la población entre los 7 y los 15 años asistía a un establecimiento educacional y porcentaje similar podía decir que sabía leer o escribir. Hacia 1907, un porcentaje aproximado al 40% se contaba entre los que lo hacían, en tiempos en que todavía no se lograba la ley de Instrucción primaria obligatoria. Entre los mismos años, los gastos educacionales crecieron en 14 veces y dentro del presupuesto nacional, la educación contó con uno de los porcentajes más altos dentro de la administración del Estado. Al mismo tiempo, aún cuando el sector productivo de mayor envergadura estuviese centrado en la explotación de recursos naturales del Norte, cobre, y posteriormente salitre, el carácter esencial de la economía de exportación chilena y su expansión será eminentemente urbana, en donde se radicarán igualmente los mayores problemas del crecimiento interno. Santiago como centro bancario y Valparaíso como centro comercial, conectan el crecimiento de la burocracia, las finanzas, las comunicaciones y el transporte. Centralizan también el crédito, las inversiones y las reinversiones. Por ello también es que las resonancias de problemas económicos producidos allí, alcanzan dimensiones políticas y sociales a veces incontrolables.

Otro aspecto importante de señalar por estar ligado igualmente a la expansión económica, es el de la incorporación de los territorios de la Araucanía y del Norte Grande. Promovida, entre otras situaciones, por la expansión de los cultivos de cereales cuando todavía la agricultura se encontraba favorecida por los mercados externos, la colonización y ocupación del Sur fue corriendo progresivamente sus fronteras: establecimientos de fuertes en Mulchén y Angol en 1863; línea del Malleco entre 1867 y 1868; Traiguén en 1878-1879. Con la precedente colonización de Llanquihue y Valdivia, se termina de conformar el territorio hacia el Sur; en el Norte, a través de la incorporación de los territorios obtenidos después de la Guerra del Pacífico.

Desde un punto de vista social, la historia del período fue mucho menos brillante, pero no por ello menos importante. Ella no se expresó ni en grandes hechos o conflictos, sino más bien a un lento y en gran parte subterráneo proceso a través del cual los diferentes grupos sociales se fueron adecuando, transformando y madurando como tales al interior de los nuevos contextos políticos, económicos

y culturales que se venían produciendo. Desde la perspectiva global vista por Guillermo Feliú Cruz, la sociedad chilena del y a través del siglo pasado parece poco dinámica y evidentemente la jerarquía siguió siendo su característica dominante y hasta tal punto que a fines de los años 1800 las gamas sociales seguían identificadas al caballero de la aristocracia, al siútico de la clase media, al roto del pueblo y al pililo de la turbamulta. Como esquema, la idea de Feliú Cruz sigue siendo interesante, pero vista la situación como proceso y como realidad, el asunto es mucho más complicado.

Sin embargo, a lo menos dos párrafos de Feliú Cruz no pueden pasar inadvertidos. La aristocracia, “un elemento de orden y de colaboración en el gobierno y siempre que éste pareció dispuesto a respetarla en sus preocupaciones e intereses, a conformarse con su mentalidad sencilla, enemiga de las ideologías difusas, de las reformas de trascendencia, fue su mejor y más decidido sostenedor. Cuando el gobierno contrariaba sus aspiraciones, lesionaba sus puntos de vista, hería sus susceptibilidades religiosas o aristocráticas, (entonces) avanzaba en las reformas económicas, y el espíritu de fronda se erguía poderosamente en ella... Es esta aristocracia, en permanente estado de fronda, la que destruye en el tiempo, el llamado orden portaliano, cada vez que no es gobierno, o no lo influye”³.

En el otro extremo, el proletariado, que según el mismo historiador, “es un fenómeno de ayer en la historia de Chile. No cabe duda que ya al término del siglo pasado, en los últimos treinta o cuarenta años, aflora con caracteres confusos. El obrero, el artesano, comienza a agruparse en sociedades mutualistas o a plegarse a los partidos políticos de avanzadas. Pero estas primeras manifestaciones no están claramente definidas, porque oscilan entre una aspiración política de reforma democrática, ajena a los intereses populares, o son simplemente vagas idealidades para llegar a una democracia social, que entonces nadie, ni los hombres más cultos, habrían podido definir. La presentían sólo intuitivamente”⁴.

³ Feliú Cruz, Guillermo (1971). Un esquema de la evolución social de Chile en el s. XIX. En Hernán Godoy, *Estructura social de Chile* (p. 220). Santiago: Edit. Universitaria.

⁴ *Ibid.*, p.221.

En uno y en otro caso, se distinguen si no los opuestos, al menos los dos extremos sociales: ricos y pobres; los unos defendiendo y preservando el status y orden social establecido; los otros, buscando, todavía silenciosamente, un nuevo orden que les permitiera concretizar ciertas aspiraciones y, más aún, les hicieran sentirse identificados y acogidos plenamente. No obstante, desde la ruptura del orden colonial, de la sociedad estratificada, el lento paso de una sociedad tradicional a una más moderna, no sólo significó el quebrar ese dualismo de situaciones extremas, dando paso a un mayor movimiento y movilidad social en todos sentidos y niveles, sino además, como resultando igualmente de una mayor presencia del capitalismo y de algunos sentimientos burgueses que se fueron generalizando, los tipos y categorías de las diferentes relaciones sociales fueron alcanzando también gradualmente mayor complejidad.

Así, producto de las relaciones propias del desarrollo de esas relaciones sociales surgidas a propósito de la implementación de una economía capitalista y proto-industrial, se puede observar una cierta homogeneidad en los altos grupos dirigentes de la sociedad y una creciente diversificación hacia los sectores o grupos inferiores, especialmente urbanos, de modo tal que los trabajadores se organizan, persiguen valores, actúan y viven en distintas formas y con distintas orientaciones. Además, con la rápida extensión de los sectores medios hacia y desde estratos inferiores, el grupo límite fue y siguió siendo igualmente difuso: artesanos, tenderos, pequeños patronos, obreros de cuello blanco, oficinistas, burócratas de mando medio, etc., etc. Por supuesto, cada uno de ellos representó igual número de intereses y actitudes. Propuestas sociales ya tenían, pero las posibilidades de encauzarlas aún no maduraban.

Refiriéndonos al grupo dirigente, a lo largo del siglo, por sobre sus particularidades políticas, éste tendió a homogeneizarse a través de sus actividades económicas y de sus relaciones socio-familiares. El grupo terrateniente, los nuevos empresarios mineros, los grandes comerciantes, los hombres del mundo de la banca y de las finanzas, convergieron en intereses comunes y en visualizar dichos intereses como estrechamente ligados a los grandes objetivos del Estado. Hacia 1890, como lo apunta Sergio Villalobos, cuando ya había pasado el tiempo de las empresas forzadas y heroicas y la existencia se presentaba fácil y había que vivirla en plenitud, la oligarquía, el sector más alto de la escala social, vinculado a los grandes negocios y al manejo del poder público hizo suyo y en beneficio propio la conducción del

Estado. Ahí se encuentra, por ejemplo, como prosigue el mismo Villalobos, toda la política monetaria y crediticia, con la irresponsable emisión de billetes de banco, la presión para establecer la inconvertibilidad, la continua devaluación monetaria, el beneficio con la inflación y la postergación de la conversión⁵.

En forma paralela al desarrollo de la economía y de las discusiones respecto de las decisiones económicas, el sector dirigente venía siendo mucho más expresivo y efusivo en sus contiendas políticas e ideológicas. La evolución de los partidos políticos, especialmente desde 1860 en adelante, exterioriza parte de esa situación, pero no el todo. Del mismo modo, las a veces graves diferencias doctrinarias entre laicos y clericales, en particular durante el gobierno de San María y de las llamadas leyes laicas (cementerio y registro civil), si bien pusieron en jaque las relaciones entre ellos y pudieron llevarles a una situación de conflicto mayor, siempre se manifestaron en un vocabulario incluso violento, pero al mismo tiempo en una acción mucho menos agresiva, a lo menos no al nivel que les llevara a un enfrentamiento interno de carácter armado. Está también lo que se convirtió en una tradicional rivalidad entre los poderes ejecutivo y legislativo y que en parte la historiografía ha aceptado como la causalidad de mayor envergadura para explicar el trágico y final desenlace del régimen portaliano y de Balmaceda como el último representante del presidencialismo de la época. En este último contexto, la consigna de la libertad electoral y el repudio a la intervención de Balmaceda a favor de su sucesor, aglutinó en un solo bloque a la casi totalidad de la aristocracia terrateniente y bancaria, de la "intelligentsa" y de los profesionales, en suma a conservadores y liberales, a la Marina y a una fracción del Ejército.

Sin embargo, el inmediato antecesor de Balmaceda, don Domingo Santa María, había gobernado de hecho bajo los mismos principios que ahora se rechazan en forma terminante y que el propio Santa María no tuvo problemas en seguir defendiéndolos al autocalificarse de autoritario e interventor. En sus propias palabras, en carta dirigida a Pedro Pablo Figueroa, le señalaba: "Se me ha llamado autoritario. Entiendo el ejercicio del poder como una voluntad fuerte, directora, creadora del

⁵ Villalobos, Sergio (1987). *Orígenes y ascenso de la burguesía chilena* (pp. 142-144) Santiago: Edit. Universitaria.

orden y de los deberes de la ciudadanía. Esta ciudadanía tiene mucho de inconciente todavía y es necesario dirigirla a palos. Y esto que reconozco que en este asunto hemos avanzado más que cualquier país de América. Entregar las urnas al rotaje y a la canalla, a las pasiones insanas de los partidos, con el sufragio universal encima, es el suicidio del gobernante, y yo no me suicidaré por una quimera. Veo bien y me impondré para gobernar con lo mejor y apoyaré cuanta ley liberal se presente para preparar el terreno de una futura democracia. Oiga bien: futura democracia”. Y agregaba: “Se me ha llamado interventor. Lo soy. Pertenezco a la vieja escuela y si participo de la intervención es porque quiero un parlamento eficiente, disciplinado, que colabore en los afanes de bien público del gobierno. Tengo experiencia y sé a donde voy. No puedo dejar a los teorizantes deshacer lo que hicieron Portales, Bulnes, Montt y Errázuriz. No quiero ser Pinto a quién faltó carácter para imponerse a las barbaridades de un parlamento que yo sufrí en carne propia en las dos veces que fui ministro, en los días trágicos a veces, gloriosos otros de la guerra con el Perú y Bolivia. Esa fue una etapa de experiencia para mí en la que aprendí a mandar sin dilaciones, a ser obedecido sin réplica, a imponerme sin contradicciones y a hacer sentir la autoridad porque ella era de derecho, de ley y, por lo tanto, superior a cualquier sentimiento humano. Si así no me hubiese sobrepuesto a Pinto durante la guerra, tenga usted por seguro que habríamos ido a la derrota”⁶. Por cierto, el autoritarismo y el intervencionismo de Santa María no determinaron los hechos que, aparentemente bajo las mismas causas, quebraron el gobierno y la vida de Balmaceda y rompieron parte de la institucionalidad hasta entonces vigente.

No hay muchas dudas respecto a la afirmación de Mario Góngora cuando señalaba que en todos los procesos históricos de cierta magnitud, hay que escapar a la tentación de un monocausalismo. Decía: “No es posible en Historia dar una explicación exhaustiva de los fenómenos. Al lado de la lucha por la libertad electoral y por la libertad en sentido más absoluto, que es el motivo más consciente y de primer plano para los opositores, han jugado su parte el choque de la aristocracia con un cierto democratismo de clases medias, favorecidas por Balmaceda, como también la

⁶ Góngora, Mario (1986). Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX (pp. 55-60). En Francisco Encina, *Historia de Chile XX* (pp. 452-456). Santiago: Edit. Universitaria.

lucha de intereses entre las tendencias al nacionalismo económico de Balmaceda, su afán de nacionalizar el monopolio ferroviario de la Compañía de North (la Nitrate Railway Company), en Tarapacá, contra los intereses de un especulador inglés y del sector de políticos vinculados con él, como lo sostuvo Hernán Ramírez Necochea⁷.

En lo concerniente al salitre, es innegable que junto a las críticas políticas internas, Balmaceda comenzó a enfrentar paralelamente una serie de problemas relativos a las manipulaciones financieras de John T. North y de otros empresarios en las provincias nortinas. De hecho, en 1888, el Presidente hizo público sus deseos de una mayor participación del Estado chileno en la industria del salitre o, al menos, de que los productores nacionales aumentaran su presencia en las regiones salitreras. En marzo de 1889, la autoridad viajó a las provincias del Norte y en Iquique volvió a criticar el monopolio extranjero en la producción y el transporte. Igualmente reiteró sus anhelos de que el Estado, sin necesidad de crear su propio monopolio en esa actividad, debía sí limitar a aquellos que controlaban los volúmenes de producción y de comercialización del producto. En suma, la política balmacedista tendía a defender una mejor participación del gobierno en los ingresos provenientes del salitre y a promover una mayor inversión privada nacional en ese sector sin atacar directamente los derechos ya obtenidos por los inversionistas extranjeros allí existentes.

Es cierto que quizás, todavía muy tenuemente, hubo personas que clamaban por medidas más radicales, incluyendo la total nacionalización del salitre. Sin embargo, Balmaceda no hizo suyos tales sentimientos. En su Mensaje al Congreso en junio de 1889, lo que propuso fue el remate, limitado sólo a inversionistas chilenos, de ciertas áreas salitreras en poder del Estado. Además, recomendó que las futuras compras de yacimientos por parte de extranjeros deberían limitarse a la mitad de las nuevas concesiones. En cierto modo, nacionalista en la orientación, estas propuestas políticas que nunca fueron aprobadas por el Congreso, no constituían en esencia, un ataque formal a los inversionistas que estaban en la actividad salitrera o la exclusión total de futuras inversiones extranjeras en el salitre. Ramírez Necochea insistió en

⁷ Góngora, Mario (1986). *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (p. 62). Santiago: Edit. Universitaria.

visualizar a Balmaceda como un decidido antiimperialista, pero en realidad éste nunca tomó alguna acción que pudiera considerarse definitivamente hostil al capital externo invertido en Chile.

A fines de 1889, en forma coincidente con un período de baja de los precios salitreros, el gobierno entró en negociaciones con otros empresarios extranjeros porque sí veía como necesaria la existencia de otras líneas férreas que rompieran con el monopolio exclusivo de la Nitrate Railways. En las conversaciones preliminares participaron representantes de la influyente casa de Gibbs & Sons, pero en definitiva cuando se cancela la concesión monopólica a la Nitrate Railways y Campbell, otra forma extranjera, Outram & Co., se interesa por construir una línea desde Agua Santa a Caleta Buena. Los antiguos concesionarios (la Nitrate Railways) reclamaron sus derechos y ante la negativa del Consejo de Estado, la compañía de Thomas North acusó al ejecutivo de haberse excedido en su autoridad constitucional entrando, entonces, y de hecho, a influir en las tensiones internas existentes entre Balmaceda y el Congreso, más aún, al enviar una solicitud al Senado para que éste enjuiciara al Presidente por sus violaciones a la Constitución. Obviamente, estas situaciones intensificaron los conflictos políticos pero fueron más lejos al persuadir la intromisión de la British Foreign Office que además de querer discutir las objeciones impuestas por la compañía con el representante del gobierno chileno, ayudó también a aumentar la presión interna existente contra Balmaceda⁸.

III. ¿Sólo una historia del pasado? Desde la historia, difícil es negar los razonamientos del presente, pero no lo es recordar el camino seguido para llegar al presente y encontrar en ese camino tantas experiencias fallidas y tantas nuevas experiencias que aún cuando se presentan como nuevas, hacen recordar algo que ya sucedió. Aunque las circunstancias sean nuevas, el problema de fondo permanece. En 1950, el Presidente González Videla decía que ya se había alcanzado la democracia política y que era hora de alcanzar la democracia económica. En 1970, los entonces candidatos Radomiro Tomic y Salvador Allende coincidían en que no había ni

⁸ Ver Brian Loveman, Chile (1979). *The Legacy of Hispanic Capitalism* (pp. 202-205). New York: Oxford Univ. Press. [Hay dos nuevas ediciones en 1988 y 2001].

democracia política ni democracia económica y que debía llegarse a la democracia social. En la década de 1960 estábamos en el take-off e iniciábamos el despegue que nos llevaría al desarrollo. En 1990 se discutía si estábamos en la modernización o si ya nos habíamos adentrados en el post-modernismo. En 1997, la agenda política del país insistía en que se debía profundizar la modernización del país en términos de los derechos individuales para garantizar las mayores posibilidades de opciones de las personas, posibilidades igualmente individuales. Todo está bien, ¿pero que hay de las realidades profundas de la sociedad chilena consideradas como un todo? El discurso oficial siempre debe reconocer que los problemas están, pero su acción se aleja de ellos. Por eso es que las estadísticas oficiales sobre distribución del ingreso, de la desocupación juvenil, del aumento de la delincuencia, del bajo índice de salarios y de otros significativos de pobreza, no sólo preocupan, sino que también causan desasosiego y molestias. Molestan al espíritu presentista y exististe actual⁹.

Las sociedades siempre avanzan. Así debe ser. No obstante, los discursos lo hacen más aceleradamente que las realidades. Los procesos son más lentos que las palabras. Lo importante es tener conciencia de lo que pasa y tener claridad respecto a las relaciones entre el pasado y el presente a objeto de aquilatar adecuadamente los discursos que siempre ofrecen un futuro sin límites. Los jóvenes no sólo deben transitar por el presente y hacerse cargo de lo que escuchan, también deben conocer, reflexionar, comparar, y la historia no es sólo lo inmediato sino igualmente los tiempos largos, las experiencias del pasado, la comprensión de los significados. Se puede tener más confianza en la historia, cuando se le conoce mejor. Independientemente de las palabras, ello permite saber más efectiva y realmente en que tiempo y en que espacio se vive. No sólo se trata de recordar situaciones del pasado, sino también de reflexionar sobre ellas para entender nuestro propio presente. ¿Habremos superado definitivamente todo vestigio del pasado?

⁹ Cavieres, Eduardo (1998). Chile contemporáneo. *Las distancias entre el discurso oficial y las realidades históricas* (Nº44, pp. 205-207), Mapocho.